

SEGUNDA PLANA

UAB

Universitat Autònoma de Barcelona
Biblioteca d'Humanitats

JOSE AGUSTIN GOYTISOLO



EL SOL/Rafael Zarza

Arthur Rimbaud

PREPARENSE A LEER las banalidades, las tonterías que se van a escribir para conmemorar el centenario de la muerte de Rimbaud: la cosa irá sobre la precocidad del genio, su belleza corporal adolescente, su obra de oráculo poético y su emocionante y maravillosa vida. Leerán también sobre su rechazo a la figura del padre, un militar francés, y sobre su amor angelical hacia la madre, cosas ambas que le condujeron a una feliz homosexualidad. No creo que se tengan que buscar los orígenes de conducta sexual alguna, pues son genéticos o voluntarios, ni exaltar o condenar la homosexualidad, el onanismo o el narcisismo, y menos echando mano de los envejecidos Freud y Adler.

Sí, Arthur Rimbaud fue un niño precoz y rebelde, pero no era un superdotado, un monstruito, vaya. Después de dos intentos fallidos, se fugó del colegio de Charleville, su lugar natal, y se fue a París: tenía ya dieciséis años. Allí escribió *La carta del vidente*; de él, claro: el poeta es como un explorador de su interioridad, a través de una especie de alquimia verbal, etcétera. Nada del otro mundo: leído hoy, es un texto que oscila entre la corrección y la beatería. Estuvo en París sólo quince días, y regresó a su casa, en Charleville.

El mismo año de 1871 publicó *Le bateau ivre*, un notabilísimo libro de poemas que emocionó a Paul Verlaine, que andaba ya por los veintisiete años: escribió una carta a Rimbaud, entusiasta y apasionada. Total, que en diciembre de ese año el joven Arthur volvió a París, y habitó y cohabitó con Verlaine. Este arrebatado amoroso provocó la crisis del matrimonio de Verlaine. Y éste se separó de su mujer, Mathilde Maute.

Los dos amigos concurren a tertulias y reuniones literarias, e hicieron eso que se llama vida social, hasta que se cansaron: en julio de 1872 viajaron a Bélgica y luego a Inglaterra, para regresar a Bruselas en 1873. Allí se produjo una brutal discusión entre los amantes: Verlaine le pegó un tiro a Rimbaud, hiriéndole de consideración: el agresor fue condenado a dos años de prisión, y Rimbaud volvió a su casa, de nuevo.

Mientras tanto, ese mismo año se publicó en Bruselas *Une saison en enfer*, colección de poemas en prosa, bellos algunos, y delirantes todos. No son para entusiasmar: sólo bonitos. En otoño Rimbaud tornó a París, y la primavera de 1874 cruzó el Canal de la Mancha y se estableció en Londres: le acompañaba Germain Nouveau, un poeta bohemio y mediocre, amigo de Rimbaud y también de Verlaine, y que era un latazo que, cuando creyó envejecer, se dedicó al ideal cristiano de la absoluta pobreza evangélica, quizás porque ya era pobre.

Por no oír a Nouveau, Arthur Rimbaud escribió el que seguramente es su mejor libro: *Illuminations*, que no se publicaría hasta doce años después, en 1886. Aguanta cualquier relectura, y con gusto.

Deja de escribir poesía, y comienza a peregrinar; está como preceptor en Stuttgart: allí se presenta Verlaine, regenerado, dijo, quién sabría de qué, quizás del alcoholismo, pues la homosexualidad no precisa de regeneración alguna. Verlaine pretende reconvertir a la fe cristiana a su ex amante: nueva pelea, pero esta vez sin tiros. Ruptura final, y Arthur Rimbaud viaja a Italia, y

pronto regresa a su Charleville. El año 1876 se alista voluntario en el Ejército Colonial Holandés, pero al llegar a Batavia, hoy Yakarta, capital entonces de Java, hoy Indonesia, deserta y escapa a París.

En 1878 aparece trabajando en Chipre, como oficinista. Pero dice sentir la llamada del mundo árabe, y se instala en Adén, en la costa meridional de la Península Arábiga, ahora Yemen Unido. Algo le debió empujar a irse a El Harar, en Etiopía: allí comerciaba primero con marfil, pero luego cambió este oficio por el de traficante de armas y municiones, y ganó una verdadera fortuna suministrando armamento a Menelik, el Negus de Etiopía.

Enfermo de gangrena, vuelve a Francia. Ingresó en el Hospital de Marsella, y a pesar de que le amputan la pierna, la gangrena se ha extendido por todo su cuerpo. Muere en 1891, a los treinta y siete años.

Regreso yo ahora a lo que interesa de Rimbaud, que no es su tonto deambular de homosexual acosado por sí mismo —y por Verlaine, claro— en su juventud, para pasar luego a ser traficante de armas. Lo que de él quedará es su poesía, y no lo que les van a ofrecer en bastantes diarios y revistas, me temo: la admiración por el niño genial, la pedofilia poética de sus *soi-disants* admiradores. Rimbaud no fue, como él decía, un vidente; no actuó jamás así: basta leerle; él produce poesía, no narra o escribe, al dictado, videncia ninguna; lo que sí hace es mitificar su infancia, alargarla y elevarla a la categoría de obra literaria. Y eso lo hace bien.

Rimbaud intenta, cómo no, despistar a los que se dejan, asegurando que no ama el trabajo de escritor; afirmó que su poesía se *vertía* de él al papel como un vaso de agua, sin esfuerzo alguno: "Yo aborrezco todos los oficios. Amos y empleados son todos unos palurdos..." Pero él empezó siendo un empleado, y acabó siendo un amo, rico y despota. Y, escribiendo o negociando, siempre trabajó. Asimismo se caen solas sus declaraciones de que creía en "un mundo anterior y puro", ya desaparecido. Lean varios poemas de *Illuminations*, y verán: *La seda de los mares*, *Las bolas de zafiro*, *Las flores árticas*... Todo artificial, lujoso y nada anterior ni puro.

Sí, Rimbaud hizo, con trabajo y oficio de escritor, una muy buena poesía, sobre todo remarcable por la musicalidad de sus versos. Pero su influencia causó y causa aún estragos, en Francia y en todas partes. Hay gente que escribe como hace cien años, y mal.

Rimbaud engañaba y engaña a los que le siguen como un apóstol: pero también se engañó él. Se inventó un fascinante mundo árabe, y salió escapado de Adén a Etiopía; pero no buscando, como dejó escrito, "la pureza de las razas antiguas", sino para enriquecerse a costa de ellas. También es insostenible su odio a Francia y a Europa: se comportó en Asia y África como un turista, como un negociante europeo.

Pero lean, releen a Arthur Rimbaud: caten su poesía que, en prosa o verso, es muy apreciable. Y si tienen tiempo, lean luego a otro gran poeta francés, Charles Baudelaire, algo así como el auténtico padre de Rimbaud. Pero no se dejen vender la moto del mancebo visionario, del celestial poeta todo inspiración, igual que un ángel de vidrio.

RINCON DEL LECTOR

Un gran catálogo para un gran acontecimiento

♦ ENRIQUETA ANTOLIN

AVECES, UN CATALOGO se desclasa y asciende, por sus propios méritos, a la superior categoría de libro. Este es el caso del que nos ocupa, obra meritoria, digno recuerdo para la historia de una exposición que bien merece una visita. Se trata, por supuesto, de la muestra que bajo el título *El espejo de nuestra historia. La Diócesis de Zaragoza a través de los siglos* se exhibe simultáneamente en tres edificios monumentales de la capital aragonesa: San Juan de los Panetes, la Lonja y el Palacio Arzobispal.

Un centenar de estudiosos han escrito las 670 páginas de que consta el volumen y han profundizado en temas históricos, litúrgicos, arquitectónicos y artísticos, todos ellos referentes a esa división eclesial y territorial que es una diócesis. Desde los tiempos de los romanos y hasta los días actuales, minuciosa y amenamente, se recorre un camino que lleva mucho más lejos de lo que a primera vista se pueda suponer.

Y el catálogo cumple, precisamente, el papel del espejo colocado al borde del sendero. Las magníficas fotos de las piezas expuestas —cuadros, esculturas, manuscritos, objetos sagrados— van acompañadas de la explicación, amplia y erudita, que las cataloga y las valora.

El papel es bueno, las reproducciones, también. Una visita al encuadernador puede dignificarlo definitivamente.



El espejo de nuestra historia

Varios autores

Arzobispado de Zaragoza y Ayuntamiento de Zaragoza. Zaragoza 1991. 665 págs.

Análisis del fin de una larga historia

♦ GUILLERMO ALTARES

SESPUES DEL FALLIDO golpe de agosto, lo poco que quedaba de lo que fue la Unión Soviética se convirtió definitivamente en cenizas, hambre y estas caídas. Muchas repúblicas han abandonado el barco de la URSS, que está a punto de perder su nombre; el último Romanov ha pisado el suelo de aquella bella ciudad que durante setenta años de revolución, engullidos por la historia, se llamó Leningrado y ahora se llama San Petersburgo; y la *perestroika* de Gorbachov, que cambió la faz del mundo, se ha convertido en una serie de tímidos cambios en comparación con la vorágine transformadora de Boris Yeltsin. Por no quedar, no han sobrevivido ni el KGB ni el PCUS, disuelto e ilegalizado en Rusia.

En *Unión Soviética. La quiebra de un modelo*, Carlos Taibo, profesor de Ciencias Políticas y miembro del Centro de Estudios de Países del Este analiza la naturaleza, las causas y las consecuencias (nacionales e internacionales) del golpe, cuyo fracaso significó el fin definitivo de toda una época de la historia de la humanidad. Con claridad y precisión, Taibo dibuja el nuevo perfil de la URSS y sus relaciones con el resto del mundo y hasta se atreve a hacer un análisis de Lennin, esa figura revolucionaria que se empeñan en hacernos olvidar. La bibliografía, amplia y completa, es otra pieza fundamental de este valioso libro.



Unión Soviética. La quiebra de un modelo

Carlos Taibo

Los libros de la Catarata. Madrid, 1991. 174 págs.